
en la graduación de estudiantes de la facultad de ciencias sociales

salomón lerner febres

Palabras del Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Señor Decano de la Facultad de Ciencias Sociales,
Señores Coordinadores de Especialidad,
Señores Profesores,
Queridos Egresados,
Señoras y Señores:

Vivimos esta noche una singular y grata experiencia. La Facultad de Ciencias Sociales, de manera formal convoca a sus recientes egresados para en una ceremonia comunitaria, tal y como conviene a nuestro Claustro, despedir de las aulas a jóvenes que aquí se formaron y que se aprestan a enfrentar el futuro con saber y sobre todo honestidad.

Es satisfactorio comprobar que los estudios de antropología, economía y sociología en la Universidad Católica constituyen ya una tradición sólida, y además de ello muy activa y vital, como lo demuestran ustedes, precisamente, al haber llevado a término su aprendizaje en nuestras aulas y al disponerse a iniciar una vida profesional que, sin duda, no *solamente será exitosa*, sino también, y sobre todo, de beneficio para nuestra sociedad.

Quien desee tener testimonio de esa tradición puede acceder, por supuesto, a las numerosas investigaciones y publicaciones que surgen de esta Facultad, textos que auscultan la realidad peruana en todas sus dimensiones significativas, desde nuestro arduo camino hacia el desarrollo y la superación de la pobreza hasta las alternativas de nuestro sistema político y las transformaciones culturales de las últimas décadas. Pero más allá de ese valioso acopio de publicaciones, puede encontrarla en cada uno de ustedes, en la manera como han afrontado sus estudios y en el

modo en que, de ahora en adelante, ejercerán como economistas, sociólogos o antropólogos.

Una tradición no nace ni se consolida únicamente por la prolongación en el tiempo de una actividad. En todo caso, la simple continuidad, si bien es condición necesaria, de ningún modo basta para constituir por sí misma una tradición significativa. Para que esto último exista, se hace preciso que nuestros actos colectivos revelen una cierta coherencia, una estabilidad, la adhesión a ciertos principios básicos que los hagan reconocibles y distinguibles.

Los estudios de ciencias sociales en nuestra universidad, como ustedes han podido comprobarlo en estos años, poseen esas cualidades. Equidistante por igual de la fría concepción tecnocrática, y del voluntarismo y la politización ciega, la formación que aquí se imparte propicia un acercamiento crítico a nuestra realidad social.

Al decir *crítica* no me refiero solamente a una disposición a juzgar los defectos y las carencias de la sociedad peruana, aunque ello es una dimensión ineludible del quehacer científico social en una realidad tan problemática como la nuestra. En primer lugar, y como condición ineludible de ese ejercicio valorativo, quiero resaltar que se trata de una apreciación que se hace desde el conocimiento rigurosamente cultivado, y no desde el simple impresionismo. Ya lo saben ustedes, sin embargo, en el dominio de los asuntos humanos, la objetividad completa es una quimera y, así, quien pretenda estar en posesión de un conocimiento totalmente objetivo se engaña y engaña a su entorno. Pero la opción alternativa al conocimiento objetivo no es, en modo alguno, la arbitrariedad, el puro relativismo, sino la vigilancia epistemológica, una permanente evaluación de nuestras propias fuerzas y un honrado y valiente reconocimiento de nuestros límites.

Así, al hablar de una actitud crítica como componente de la tradición de esta Facultad tengo en mente la constante reflexión sobre las posibilidades del conocimiento social, una disposición al examen de las herramientas y recursos intelectuales, actitud reflexiva en la que encuentro una afinidad fundamental entre las ciencias sociales y la filosofía contemporánea. A lo largo de tres años de estudios en sus especialidades, ustedes no solamente reciben información sobre este o aquel aspecto de la vida social, sino que son interrogados, y aprenden a interrogarse, sobre las verdaderas posibilidades de conocer el mundo de las acciones humanas. ¿Es posible medir valores y actitudes? ¿hasta qué punto nos es dado predecir los cursos de acción de tal o cuál grupo social? ¿cuál es el verdadero significado de los actos de las personas y qué implicancias puede tener ello para la vida de la comunidad en conjunto? Entre la explicación y la interpretación, entre la búsqueda de leyes generales y la exploración de los significados particulares, las ciencias sociales se convierten para ustedes en una llave maestra que les abre infinitas posibilidades de comprensión, siempre y cuando estén dispuestos a utilizar esa llave con imaginación creativa, pero también con espíritu metódico y honradez científica.

Es mediante ese conocimiento crítico que el científico social se puede permitir dar ese segundo paso sin el cual su actividad de investigación y reflexión podría resultar incompleta: la evaluación de las realidades que aquel científico encuentra e interpreta, que hace inteligibles, primero, para sugerir caminos para su mejoramiento, después.

Ahora bien, ¿desde qué punto de vista, situado en qué espacio moral es que un economista o un sociólogo encuentra defectuosa una sociedad y reclama y propone mejoras para ella? Si un estudioso de la realidad social está llamado a hacer, también, de manera directa e indirecta, apelaciones éticas a sus conciudadanos, ¿las hace de manera coherente o es que cada uno de sus juicios es apenas el reflejo de una impresión arbitraria o de un gusto personal que no tiene por qué ser juzgado mejor que el de otros?

En el mundo de las humanidades —y me gusta pensar que las ciencias sociales son parte de ese mundo— una tradición intelectual es insostenible sin un cierto temple moral, es decir, sino está afincada en un espacio ético desde el cual mira el mundo, se apropia de él racionalmente y lo somete al tribunal de sus valores y de sus afectos. Y si hubiera que dar un nombre a ese espacio, propio de la tradición que estoy evocando, elegiría sin vacilar el de una «cultura de la ciudadanía». Me refiero con ella, por cierto, a ese conjunto de valores que, por ejemplo, ha motivado en los últimos años a los estudiantes de esta Facultad, como a los de otras especialidades de nuestra Casa de Estudios, a decir en voz alta su voz de censura y protesta por la vulneración del Estado de Derecho y por las graves infracciones al orden constitucional y a la moral cívica cometidas por el poder político. Pero tengo en mente, del mismo modo, las múltiples direcciones que adoptan los estudios económicos de esta Facultad, que lejos de afincarse exclusivamente en las condiciones para la estabilidad económica del país, se preocupan al mismo tiempo por hallar caminos para rescatar de la pobreza a esa mayoría de nuestros compatriotas que viven en situación de privación permanente.

Nuestros profesores y nuestros estudiantes, y los numerosos profesionales que salen de esta Facultad, son reconocibles por esa formación en una ética ciudadana orientada a la valoración de todas las personas sin distinciones. De estas aulas sale, siempre renovada, una voz que reclama a nuestra sociedad una actitud más solidaria y una transformación honda expresada en un respeto general a la legalidad que no admita subterfugios, en la procura de condiciones elementales de equidad y justicia dentro de una sociedad profundamente desigual, en la consolidación de una democracia verdaderamente merecedora de ese nombre.

Conocimiento riguroso y compromiso afincado en valores constituyen, pues, a mi entender, las dos grandes columnas sobre las que descansa la tradición de estudios de ciencias sociales en nuestra Universidad. Aunque, tal vez, al decir *descansa* cometo una equivocación, porque, precisamente, lo que distingue a esta tradición es su permanente vivacidad, su capacidad para renovarse y seguir siendo fiel a sí misma. Esa vivacidad la dan, por supuesto, ustedes y los estudiantes que seguirán todavía en estas aulas, mediante su actitud cuestionadora y al mismo tiempo constructiva, de constante diálogo y, aun, interpelación a sus profesores, y mediante su permanente proposición de temas de estudio siempre novedosos, como lo puede comprobar quien revise, siquiera superficialmente, los temas de las tesis sustentadas año tras año por los graduandos de Economía, Sociología o Antropología.

Como profesor y rector de la Universidad Católica me satisface, pues, dar fe de esa tradición que he observado desarrollarse y robustecerse en el transcurso de los años y que encuentro renovada en ustedes. En adición a ello, si he deseado de manera especial acompañarlos en esta ceremonia, ello es también porque en los dos últimos años he tenido la singular experiencia

de presenciar directamente el compromiso y la calidad intelectual de muchos jóvenes egresados de esta Facultad, cualidades puestas al servicio de una misión difícil, tal vez ingrata, pero ineludible en el Perú de nuestros días: averiguar la verdad sobre los hechos de violencia ocurridos en el país en las dos décadas pasadas, y hacer de esa verdad la base para la edificación de una sociedad menos injusta y más pacífica.

En efecto, no puedo dejar de mencionar en esta ceremonia la deuda de gratitud de la Comisión de la Verdad y Reconciliación con muchos profesionales, egresados y estudiantes de Economía, Antropología y Sociología de la Universidad Católica. He presenciado su trabajo, los he visto asumir con rigor y competencia científica las mil y una tareas en que se ha desplegado nuestro esfuerzo por reconstruir la verdad, he sido testigo de sus esfuerzos por organizar y llevar adelante una investigación vasta y compleja, que satisfaga al mismo tiempo criterios de excelencia metodológica y principios de compromiso ético y social. Y al presenciar su trabajo he reconocido, viva y en acto, esa tradición que he mencionado.

En ciertas ocasiones, los periodistas comentan que es grato ejercer esa profesión en el Perú, por los incesantes escándalos y absurdos que ofrece nuestra actualidad. Sé que tal comentario es una humorada y, sin embargo, lo evoco para señalar que, en realidad, no es fácil ser científico social en una sociedad tan apremiada por carencias y defectos como la nuestra. El desaliento, el conformismo, los deseos de huir hacia otro campo de reflexión y acción más gratificante y de resultados más rápidos, son una tentación constante. Las ciencias sociales en nuestro país demandan vocaciones firmes, una voluntad férrea para no desertar a otro campo profesional y para no sacrificar los requisitos básicos de la práctica científica a favor de la crítica y la denuncia fácil, sin fundamento, y por ello mismo ineficaz.

Es consustancial a esa vocación el deseo de mejorar la realidad y, por ello mismo, en una sociedad tan resistente a reformarse como la nuestra, el riesgo del desaliento es permanente. Por ello, no es ocioso recordar en esta ceremonia que un país solamente se transforma y se perfecciona en la llamada *larga duración*, pero no por el simple paso del tiempo ni por el cumplimiento de ciertas leyes abstractas, como bien lo saben ustedes, sino por efecto de la acción humana, aquello que en las ciencias sociales de hoy se denomina la *agencia*. Es pues la fidelidad de ustedes a ese campo de acción que han elegido —el estudio de la realidad social y la procura de métodos para transformarla— lo que conseguirá esa meta tan esquivada que a menudo parece inalcanzable en nuestro país, y que tal vez pueda sintetizarse en la noción de desarrollo humano.

Lo sabemos bien: uno de los grandes escollos para llegar a esa meta o para ponernos siquiera en dirección a alcanzarla, es la vasta indiferencia de la población, la estrechez de miras de nuestra clase política y las escasas competencias técnicas de quienes conforman la administración pública. Ese escollo solamente podrá ser removido por la tenacidad de ese pequeño sector de la ciudadanía que está convencido de la impostergable necesidad de hacer cambios de gran magnitud. Y dentro de ese sector, ustedes, los estudiantes y egresados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, tienen un lugar especial, porque no solamente poseen la convicción política y moral, sino también ese recurso inapreciable —un verdadero privilegio en nuestro país— que es el conocimiento.

Y al decir esto solamente quiero resaltar, en esta ceremonia en que los despedimos de las aulas y los recibimos como nuevos profesionales, la enorme responsabilidad que han asumido ustedes. Si ustedes cayeran en el desaliento, si en algún momento decidieran que su profesión solo ha de servir para el beneficio propio y que ella no comporta ninguna obligación hacia los demás, hacia aquellos que fueron su primera motivación al elegir este camino, entonces esa meta que he mencionado estaría cada vez más lejana. Sabemos, sin embargo, por una experiencia de décadas, que ello no será así, y que ustedes, como científicos sociales de la Universidad Católica, están llamados a hacer la diferencia, a aportar su compromiso moral y su rigor científico en las diversas tareas que asuman de ahora en adelante. Por ello les debemos gratitud y reconocimiento.

Deseo, pues, en nombre de esta Casa de Estudios de la que serán siempre miembros, expresarles mi felicitación por este primer éxito que constituye el haber concluido sus estudios universitarios, y augurarles una destacada vida profesional al servicio del país.

Muchas gracias.

Lima, 9 de mayo de 2003